

Historia y antropología: asuntos de familia



FELIPE CASTRO GUTIÉRREZ

Desde muchos puntos de vista, hablar de historia y antropología es referirse a dos caminantes que provienen de la misma familia e inician una larga jornada desde el mismo lugar, para después separarse por distintos caminos. Sin embargo, constantemente se encuentran en las encrucijadas y comparten las mismas posadas, viéndose de soslayo con una mezcla de interés y desconfianza.

La relación no siempre ha sido fácil. A través del tiempo ha abundado en amores correspondidos pero también en cierta dosis de prejuicios y malentendidos. Aun en los peores momentos de distanciamiento, ha habido cierta conciencia de que, para bien o para mal, se puede escoger a los amigos pero no se puede evitar tener parientes.

Las fricciones entre historia y antropología generalmente han tenido que ver con las líneas fronterizas, requerimientos para la visa y tratamiento de los migrantes. Como sucede con todas las fronteras, las personas pasan despreocupadamente de un lado a otro; los problemas nacen de instituciones demasiado celosas por cuidar sus jurisdicciones, esto es, por el derecho a decidir qué es lo aceptado y lo prohibido dentro de sus respectivos territorios.

En realidad, la definición etimológica y clásica de la antropología, "ciencia del hombre", bien podría aplicarse también a la historia. Ambas tienen ambiciones totalizadoras: les interesa el hombre o, mejor aún, las mujeres y los hombres, en la totalidad de sus actividades, intereses y obsesiones. Las dos se apoyan y alimentan de actividades más especializadas y particulares, como la economía, la demografía o la ecología. Comparten pretensiones expansionistas y constantemente realizan incursiones o de plano establecen colonias en el territorio de sus vecinas; en compensación, sufren una permanente tendencia anárquica y autonomista, centrífuga, donde algunos grupos plantan su bandera sobre nuevos o viejos paisajes y proclaman que esa parcela del conocimiento en adelante les pertenecerá en exclusividad.

Estas situaciones de migración y de límites móviles han sido más sensibles y delicadas, más difíciles de aceptar en la antropología que en la historia.

Como es sabido, no se requiere un título profesional para ejercer la profesión de historiador; constantemente sucede que cualquier viejo abogado o joven profesor de primaria decide dedicar sus ratos libres a escribir la historia de su pueblo, o de plano la de su familia, y no existe ninguna institución que toque a la puerta de su casa pidiéndole la cédula profesional o que le impida publicar el resultado de sus desvelos. Así es y conviene que sea. Y aunque es cierto que el ejercicio de la historia tiene sus requerimientos técnicos y sus complejidades, también es verdad que los escritos de estos cronistas locales resultan muy interesantes y generalmente más gratos de leer que los que salen de la pluma y el teclado de quienes tienen toda una colección de títulos y grados académicos.

Asimismo, no hay una gran distancia entre el historiador de la economía, el de la política o el de las mentalidades, y es relativamente fácil pasar de una a otra subespecialidad, o pertenecer a grupos muy diversos. En otras palabras, las fronteras de la historia son bastante imprecisas y permeables, y los requisitos de ciudadanía poco estrictos. Probablemente esto es resultado de que, como a veces se ha dicho, la historia no es realmente una ciencia sino alguna otra forma de conocimiento; sin embargo, éste es un problema que a pesar de ser discutido frecuentemente en las aulas universitarias, no parece quitar el sueño a los historiadores de oficio ni afectar mayormente los resultados concretos de su actividad.

El caso de la antropología es más complicado, y existe una mayor preocupación por las fronteras y el pasaporte. Es posible que se deba a su relativa juventud; a su muy razonable aspiración de ser considerada una ciencia, o a que sus resultados, a diferencia de los del historiador, pueden convertirse en políticas gubernamentales concretas.

La evolución de la antropología a través del tiempo ha dado como resultado la especialización. Existen clásicas divisiones entre antropólogos físicos, lingüistas, arqueólogos, antropólogos sociales y etnólogos; en este caso, el tránsito desde las herramientas y métodos de una especialidad hacia la otra no resulta tan sencillo, dada su creciente sofisticación y dificultad técnica. Esto se refleja asimismo en la frecuente existencia de departamentos por área en las escuelas e institutos de antropología.

La situación se ha hecho aun más difícil de definir en tiempos recientes, cuando la antropología ha ingresado al territorio de especialidades afines, como la ciencia política, la ecología o la historia, lo que ha traído como resultado tantas subdivisiones y subespecialidades, que hacen difícil estar al día en el mapa de las provincias.

Desde luego, siempre se ha insistido en la unidad esencial del territorio antropológico. Idealmente, antropólogos sociales y físicos, arqueólogos, lingüistas y entólogos deberían asociarse para estudiar una región de manera integral y así conocer sus evidencias arqueológicas, características somáticas, variante dialectal, relaciones de parentesco, identidad cultural y relaciones con el medio ambiente. En México hay excelentes aunque no muy numerosos ejemplos en este sentido, como la investigación pionera coordinada por Gamio en Teotihuacan.¹ Pero estos “estudios totales de comunidad” no siempre son posibles de realizar por razones que van desde cierta tradición individualista hasta intereses particulares de las instituciones que deberían financiar y prestar su apoyo a estos proyectos.

El problema se acrecienta cuando se observa la evolución actual de las investigaciones antropológicas, que tiende a ampliar y a la vez a hacer más difuso su campo. Tradicionalmente el objeto de estudio de la antropología eran “los otros”, los “diferentes”, y en particular, quienes antiguamente eran llamados “primitivos” o “salvajes”; en México, esto significó el estudio de los grupos indígenas y campesinos. Sin embargo, como el método antropológico puede aplicarse a cualquier colectividad humana, en los años recientes causaron alta como sujeto de interés los marginados urbanos, las minorías nacionales y los rancheros criollos; en este camino los antropólogos se han encontrado cada vez con mayor frecuencia con sociólogos, politólogos, economistas y, lo que aquí particularmente me interesa, con historiadores.²

Algunas subdisciplinas producto del *ars combinatoria* y de los intereses compartidos, como la antropología economi-

ca o la política, encontraron aceptación y respetabilidad con cierta facilidad. En cambio, el estudio antropológico del pasado tropezó con considerables renuencias y dudas.

La cuestión subyacente es que la antropología se definió y consolidó como ciencia oponiéndose a la historia y al método histórico. Buena parte de los antecesores decimonónicos de la moderna antropología tenían una orientación evolucionista y pueden ser considerados como historiadores. Sin duda, la suya era una historia conjetural, amarrada a la idea liberal del progreso, de que la humanidad necesariamente recorrería una sucesión progresiva de etapas que tendría su culminación en algo parecido a la cultura europea; su método era libresco, distante y a veces francamente fantasioso, aunque en muchas ocasiones tuvieron buenas intuiciones e introdujeron conceptos y términos que todavía utilizamos.

En gran medida, como una reacción contra los excesos de este evolucionismo, los fundadores de la antropología moderna insistieron en la importancia y el carácter esencial del trabajo de campo como método, y en la desconfianza hacia la especulación basada en fuentes secundarias y documentales. Asimismo, la preferencia por el análisis de los elementos funcionales que mantenían la cohesión y el equilibrio de las sociedades fue una vía de aproximación que hacía en apariencia prescindible el estudio de la evolución. Desde luego, tanto Radcliffe-Brown y Malinowski, como después Boas, en teoría defendían la orientación histórica realizada con métodos más precisos, objetivos y científicos; sin embargo, en la práctica acabaron por expulsar ignominiosamente a la historia por la puerta de servicio.³

De esta manera, los antropólogos dejaron de lado, durante mucho tiempo, la orientación diacrónica, temporal. Para los efectos prácticos, actuaban como si el pasado se extendiera sólo hasta los límites de la memoria colectiva de sus informantes. La notable excepción fue la reflexión sobre las sociedades “pre-históricas”, anteriores al registro escrito; esto es, aquellas sociedades que, como decía Levi Strauss en un curioso pasaje, “parecen haber elaborado o conservado una sabiduría particular, que las incita a resistir desesperadamente toda modificación de su estructura, que permitiría a la historia irrumpir en su seno”.⁴ Así, a mediados del presente siglo hubo en México un fuerte interés por el estudio de la sociedad y sobre todo del Estado prehispánico.

Con el tiempo, resultó evidente que la historia de un grupo humano era importante para conocer su presente; aún más, que este estudio podía ser en sí un objeto de investigación válido e interesante, liberándolo del evolucionismo

¹ Guillermo de la Peña, “Los estudios regionales”, en *La antropología en México. Panorama histórico*, 4, *Las cuestiones medulares (Etnología y antropología social)*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1988, pp. 629-674.

² Carlos García Mora, “En torno a la etnohistoria y la unidad de la antropología”, en García Mora y Andrés Medina, *La quiebra política de la antropología social en México*, vol. 2, Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México, 1986, pp. 45-55.

³ Véanse los comentarios sobre la historia de A. R. Radcliffe-Brown, *Estructura y función en la sociedad primitiva*, Península, Barcelona, 1974, pp. 9-11 y B. Malinowski, *Una teoría científica de la cultura*, Sudamericana, Buenos Aires, 1967, pp. 17, 18, 31, 32.

⁴ En su *Elogio de la antropología*, Calden, Buenos Aires, 1978, pp. 37 y 38.

simplista y la especulación sin fundamento. Así, se llega al estudio del cambio y del conflicto social, el neoevolucionismo y la etnohistoria. Esta transición se realizó con particular prontitud en México, donde los antropólogos siempre mantuvieron un interés por la historia, hecho que, en mi opinión, es uno de los rasgos distintivos de la antropología mexicana.

El cambio de perspectivas se hizo, sin embargo, con renuencia y algunas dudas existenciales. El problema consistía en que, después de haber establecido que la historia no era propiamente una ciencia sino una disciplina meramente descriptiva, atada a lo singular e irrepetible, incapaz de hacer

dente, aunque en la práctica la labor de los etnólogos o etnohistoriadores no presentara demasiadas diferencias respecto a la que se hacía con la historia a secas.

Por otro lado, esta aproximación de la antropología a la historia coincide con un movimiento bastante notable ocurrido en la historiografía. Ciertamente que todavía subsiste y ocupa un lugar importante una historiografía descriptiva, de apego miope al documento, donde la imaginación no tiene permiso de entrada. Pero de manera progresiva puede verse una creciente ampliación del campo tradicional de intereses, una aproximación a disciplinas afines y una cierta apertura hacia la teoría social. En particular, ha existido un progresivo interés por la perspectiva antropológica entre historiadores que se dedican a estudiar otras culturas, sociedades campesinas, minorías nacionales, etapas coloniales y movimientos religiosos.

Sin duda, el método histórico ofrece amplios y probados recursos. Frente a las grandes y vastas construcciones teóricas, establece una mirada escéptica, pronta a encontrar las excepciones y los matices particulares. La reflexión teórica ha avanzado bastante desde la ingenuidad positivista, y constantemente se afinan, discuten y ponen en práctica nuevos enfoques. El resultado ha sido muy satisfactorio, sobre todo cuando se trata de estudiar y entender la evolución general de las sociedades, sus ciclos económicos, la aparición y desarrollo de grupos sociales, los periodos de conmociones y crisis, el surgimiento y desaparición de partidos políticos e ideologías. No es extraño que la historia represente un atractivo tan poderoso para investigadores provenientes de disciplinas afines.

Por otro lado, existen ciertos temas donde el método histórico tradicional ha encontrado algunas limitaciones y en los cuales la perspectiva antropológica puede proporcionar y de hecho proporciona aportaciones de gran interés. Sin pretender agotar la enumeración, parece que esto es particularmente aplicable al estudio de grupos que no pertenecen a la tradición cultural del investigador; a la investigación que tiene como asunto el fundamento de la estabilidad y la resistencia al cambio en sociedades "tradicionales" que parecen repetirse a sí mismas a través de las generaciones; a la reflexión sobre los movimientos étnicos, mesiánicos y milenaristas, y finalmente, a la manera en que el análisis de este conjunto de procesos y tendencias puede insertarse en un marco teórico general y comparativo.

El denominador común en esta necesariamente incompleta enumeración es el estudio de la cultura. Obviamente, esta orientación en sí es bastante antigua en la historiografía pero si se revisan los estudios tradicionales se ve que "cultura" significaba más bien la obra de los grandes pensadores, filósofos y escritores del pasado. Los antropólogos han desarrollado el concepto de cultura como algo mucho más amplio, y consideran que importa, e importa mucho, estudiar las ideas, mitos, prejuicios, fantasías de la "cultura popular", aunque no tengan la lucidez y coheren-



generalizaciones o arribar a leyes, acercarse a ella parecía un sospechoso abandono del método y los objetivos propios del científico. Por eso resultó tan común la insistencia en que no se hacía "historia" sino algo distinto, que se bautizaba como "etnohistoria", "etnología histórica" u otros neologismos.⁵ La intención de marcar distancias y diferencias fue bastante evi-

⁵ Por ejemplo Ángel Palerm, *Introducción a la teoría etnológica. Treinta lecciones*, Universidad Iberoamericana-Editorial Cultural y Educativa, México, 1967, pp. 41 y 42.

cia lógica de los grandes tratados y sistemas de pensamiento formal.⁶

Además de su interés en sí mismo, el estudio de la cultura popular ha introducido nuevos elementos en el análisis causal. Tomemos por caso la reflexión sobre las razones de los múltiples estallidos de violencia social colectiva que han sido intermitentes en la historia de México. Un análisis histórico se referiría a los ciclos productivos, los conflictos sociales, la evolución del sistema político y los factores incidentales. Sin embargo, este tipo de crisis ha provocado la aparición de movimientos de protesta e incluso revoluciones pero también en ocasiones ha derivado hacia movimientos religiosos o corrientes migratorias. Similares causas parecen producir distintos efectos, y la respuesta humana frente a las circunstancias materiales resulta tan variada como desconcertante. Subsiste siempre en la explicación histórica de la conducta lo que podríamos llamar un elemento de indeterminación.

Frente a estos problemas, el método antropológico permite ahondar en las percepciones de la realidad y en la manera en que la conciencia colectiva refracta la realidad cotidiana en un multicolor prisma de actitudes y conductas. Las posibilidades para la conjunción de métodos son en extremo prometedoras.

Esta manera de ver la cultura como una compleja tela de ideas y valores ha conducido naturalmente a sostener que en realidad no existen temas “grandes” y “pequeños”, y que el objeto del historiador no tienen que ser necesariamente entidades tan vastas como las estructuras económicas o los sistemas políticos. Así, nos acercamos a temas que habrían sido considerados “menores” por los historiadores de otras épocas. En el caso de México, William Taylor utilizó con ingenio la documentación sobre ebrios, homicidas y tumultuarios procesados por la justicia del rey en las poblaciones indígenas de la Colonia, y mostró cómo, partiendo de un material aparentemente modesto e intrascendente, podía obtenerse un verdadero retrato de la sociedad indígena, del concepto que ésta tenía tanto del universo como del orden social, de las relaciones con los virreyes, alcaldes mayores y con otros pueblos indígenas.⁷

Como puede observarse, la perspectiva antropológica conduce naturalmente a tratar de ver la historia “desde abajo”, desde la situación de las minorías nacionales o religiosas, los campesinos, los indígenas o las mujeres. Esto es, de todos aquellos que no pudieron dejar testimonio escrito de sus preocupaciones y que, desde el punto de

vista tradicional, no tenían una historia propia y solamente constituían el estático telón de fondo frente al cual declamaban su papel los protagonistas de la “Historia” con mayúscula.

Esta aproximación acabó por revelar lo obvio: que quienes construían iglesias y palacios, integraban los anónimos contingentes de los ejércitos insurgentes o republicanos y dejaban su sudor en haciendas o minas habían contribuido a la formación de la sociedad y la cultura nacional en mucho mayor grado de lo que podría pensarse.

Cuestiones son éstas de particular interés para la historia de México pues tocan uno de los puntos más sensibles de ésta. En efecto, si existe un tema que es repetitivo en la historiografía mexicana es el de la cuestión nacional; casi inevitablemente los estudios históricos se ocupan de o derivan hacia el problema de la identidad cultural, la formación del Estado-nación y la legitimidad de sus gobernantes. No es inusual que esta obsesión particular acabe por inducir un evolucionismo retrospectivo, nacionalista y estatista. Así, por ejemplo, llevamos hacia el pretérito una exclusión de Guatemala que desde luego no tenía sentido en el universo colonial y que desconoce los vínculos estrechos que existieron y siguen existiendo entre los grupos de habla maya de un lado y otro de la frontera; y hablamos libremente de una curiosa entidad que llamamos por hábito y conveniencia “México prehispánico”, como si hubiera existido en Mesoamérica un territorio unificado y culturalmente coherente que correspondiera con los límites del posterior territorio republicano.

La crítica y la re-construcción de la historia desarmando esta proyección retrospectiva del presente y atendiendo a los particularismos étnicos no es tarea fácil, pero resulta en extremo fructífera. De pronto el panorama cambia, ciertas piezas que no “encajaban” caen súbitamente en su lugar y se ven de otra manera los periodos históricos. Resulta entonces, por ejemplo, que para los indígenas la Independencia significó el inicio de una hostilidad continua y abierta en contra de su autonomía y sus tierra comunales, y que la oposición conservadora a las Leyes de Reforma constituyó un movimiento en gran parte popular.⁸

Tal parecería, entonces, que la tendencia a diversificar y separar los campos respectivos de la antropología y la historia, característica de principios de nuestro siglo, encontrara ahora un movimiento de signo contrario —o mejor aún, complementario— hacia la convergencia y la síntesis. Para el historiador, pues, hay varias y excelentes razones para emigrar al territorio de la antropología. Y aunque no tenga intenciones de quedarse, es bastante seguro que traerá de regreso algo interesante en su morral. ♦

⁶ Un resumen comentado de esta problemática puede verse en Guggenheim y Weller, “Introduction: Moral Economy, Capitalism, and State Power in Rural Protest”, en *Power and Protest in the Countryside. Studies of Rural Unrest in Asia, Europe, and Latin America*, Duke University Press, Durham, 1982, pp. 3-12.

⁷ William Taylor, *Embriaguez, homicidio y rebelión en las poblaciones coloniales mexicanas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, 298 pp.

⁸ Uno de los primeros ejemplos de esta corriente crítica, en Jean Meyer, *Problemas campesinos y revueltas agrarias. 1821-1910*, Secretaría de Educación Pública, México, 1973, 235 pp.